

Los nuevos Sacerdotes

por Ignacio Martín

(Especial para
EL OBSERVADOR)

Un sacerdote misionero, buen amigo mío, me comentaba con humor, no exento de cierta agudeza: "¿Tú sabes cuál es el resumen del Concilio? A los obispos los poderes, a los sacerdotes los deberes y a los seglares los placeres".

Ciertamente, si algún beneficio ha aportado el Concilio, este ha sido, sin duda ninguna, el de fijar con claridad el puesto de cada cual en la Iglesia. Los obispos han sido, por así decirlo, reinvestidos en toda la magnitud de su función y llamados a tomar conciencia de la grandeza de su puesto. Los laicos han tomado personalidad como miembros de la Iglesia. Como decía cierto escritor, por fin se les ha reconocido su "mayoría de edad". Pero, personalmente, creemos que la revolución más profunda ha ocurrido con relación al sacerdote. Nos explicaremos.

Es un hecho que en estos últimos tiempos el sacerdote ha sido un tema de actualidad en la novelística. Quien más, quien menos se ha lanzado a personificar una problemática oscura y misteriosa en el sacerdote, problemática que toma todos los tintes del protestantismo en Graham Greene, o que recibe el coletazo del existencialismo en Bernanos. A fuerza de llevar y traer al sacerdote como tema de nuestros escritos le hemos ido humanizando. El sacerdote, de tanto pasar por manos de todos, se ha convertido en un hombre más. Y si es cierto que el sacerdote es un hombre, no lo es que sea "uno más": es un hombre-sacerdote. Y esta segunda parte es un misterio. Sólo que nosotros hemos borrado el misterio y nos hemos quedado con el hombre únicamente. Mas así hemos borrado al verdadero sacerdote.

El hecho es que hoy todo el mundo se cree con derecho a dictaminar sobre lo que debe ser el sacerdote. Se comenta con sorna —y esta sorna tiene mucha trastienda psicológica— el que los sacerdotes deben vivir como cualquier otra persona, que se les debe quitar el celibato, etc. El que un sacerdote reciba la secularización es una noticia que hoy la mayoría de la gente recibe como la cosa más natural. Todo lo cual, en mi humilde opinión, revela un desenfoco fundamental. Vemos lo humano, no lo sobrehumano. Nos quedamos en el plano natural. De ahí que sea de agradecer al Concilio el que se haya tomado el trabajo de definir al sacerdote como una realidad sobrenatural, un hombre puesto "para predicar el Evangelio, apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino". ¿Nada más? —dirán algunos. Nada menos —responderán otros. Porque, junto a esa gran masa de seglares totalmente ajenos a la verdadera realidad del sacerdote, se encuentra una minoría perfectamente consciente de la verdad y que constituye un aguijón para el sacerdote. Pequeño sector de laicos que saben lo que quieren en el sacerdote y se lo piden. Estos sí han comprendido la dirección del Concilio. Veamos un ejemplo.

Titulábamos este artículo "los nuevos sacerdotes". Este es el título de una novela de Michel de Saint Pierre, recién publicada. En ella nos contraponen dos tipos de sacerdote: por una parte, el sacerdote "modernista", imbuído por todas las an-



sias de cambio, de "pastoral nueva", con ciertos resabios marxistas— por otra parte el sacerdote espiritual, un nuevo Cura de Ars. Y Saint Pierre, a través de una maravillosa novela, opta por este último tipo de sacerdote. Porque él el sacerdote se define con dos palabras: testigo y mensajero. Palabras ambas que indican que el sacerdote no importa por sí mismo, como hombre, sino por su misión. Lo importante es que Cristo aparezca en él. Que en verdad sea "otro Cristo". Pero no creamos que Saint Pierre rechaza una modernización y actualización del sacerdote. Más bien la exige. Para el sacerdote ha de ser potente filosóficamente, conocedor profundo de las realidades económicas y sociales, hombre de vasta y sólida cultura... Moderno sí. Pero, junto a eso, Michel de Saint Pierre mantiene en una frase, tremendamente fuerte en boca de un laico: "Si los sacerdotes deben modificar su manera de pensar, de hablar y de obrar, eso ha de ser en el sentido de una mayor espiritualidad— y sólo en ese sentido".

El Concilio ha llamado al sacerdote a una mayor autenticidad en su misión. A "sus deberes" como decía mi amigo el misionero. De hecho, muchos laicos son conscientes de eso y buscan —exigen— al "nuevo sacerdote". Yo diría al único sacerdote: al sacerdote de Cristo.